

... las más con... en imprenta... la imprenta...
... con la imprenta... la imprenta...
... la imprenta... la imprenta...
... la imprenta... la imprenta...
... la imprenta... la imprenta...
... la imprenta... la imprenta...
... la imprenta... la imprenta...
... la imprenta... la imprenta...
... la imprenta... la imprenta...
... la imprenta... la imprenta...

... el principal... en un calor...
... el principal... en un calor...
... el principal... en un calor...
... el principal... en un calor...
... el principal... en un calor...
... el principal... en un calor...
... el principal... en un calor...
... el principal... en un calor...
... el principal... en un calor...
... el principal... en un calor...

... La... el...
... La... el...
... La... el...
... La... el...
... La... el...
... La... el...
... La... el...
... La... el...
... La... el...
... La... el...

... antes...
... antes...
... antes...
... antes...
... antes...
... antes...
... antes...
... antes...
... antes...
... antes...

DESPUÉS de todas las dificultades que implicó la diaria marcha...
Por el sur...
... tantas veces hubiste de cruzar...
... en el poblado.

Supiste, por los vecinos, que los maestros destinados a esta región de Zaragoza no resistieron el peso de las incomodidades y normalmente optaban por desertar. Sin agua entubada, ni gas, ni tan siquiera un camino de mano de obra, la inaccesible comunidad de La Escudida, hacia que hasta los inspectores de la SEP omitieran su visita en el recorrido anual de la zona. De ahí tus semanas de tres días, de martes a jueves, en los primeros tiempos cuando Miranrey y el Paul eran todavía el ítem.

A los dos meses las cosas...
... a pesarte y una suerte...
... manía por comprar...
... asistencia a los...

DESPUES de todas las dificultades que implicó la diaria marcha llegaste a disfrutar suavemente del trayecto: silencios reptando por las laderas de las montañas, interrumpiendo los sonidos crepitantes del paisaje; la sombra acariciante de los sabinos y el agua fresca de los arroyuelos que tantas veces hubiste de cruzar mientras decidías instalarte en el poblado.

Supiste, por los vecinos, que los maestros destinados a esta región de Zaragoza no resistieron el peso de las incomodidades y normalmente optaban por desertar. Sin agua entubada, ni gas, ni tan siquiera un camino de mano de obra, la inaccesible comunidad de La Escondida, hacía que hasta los inspectores de la SEP omitieran su visita en el recorrido anual de la zona. De ahí tus semanas de tres días, de martes a jueves, en los primeros tiempos cuando Monterrey y el Paul eran todavía el imán.

A los dos meses las cinco horas de camino empezaron a pesarte y una suerte de abulia te colonizó. Tu manía por comprar las revistas semanales del DF y la asistencia a los ciclos de cine de las universidades, te

parecieron una blofería y te sentiste como en aquellas transfiguradas que te metías en el convento de la Cruz durante los encierros de los ejercicios espirituales. Te veías asistir al florecimiento de tu vocación misionera en las miradas arrobadas que te despertaban los rostros tercermundistas de tus niños, bajo el techo tambaleante de una dudosa cultura que amenazaba caer sobre sus vidas tempranas, y a cuya transfusión tú estabas encomendada.

Una de esas noches le pediste a tu mamá que se olvidara de andar visitando parientes influyentes, de arañar las oficinas perdiendo mañanas enteras, haciendo antesalas para conseguirte una plaza en Monterrey; le escribiste, muy cívica, diciéndole que era criminal eludir el compromiso con estos pueblos olvidados y decidiste cambiarte a vivir allá. Inexperta en la montura, no resistías la cadera destrozada y tu ingle ardorosa, por la diaria cabalgata de una hora desde Zaragoza hasta el poblado.

Terminaste por sentirlos de los tuyos al escucharlos decir, todos orgullosos, que hasta donde ellos sabían era el único pueblo neoleonés que se había negado a que les *enjaretaran* una iglesia frente a la plaza; contigo tampoco funcionó la evangelización y *de nada sirvieron las monjas* como dice Serrat.

Aunque barruntas que el arraigo a ese pedazo de país niño, que había que ayudar a crecer, empezó con el contacto de sus manos jornaleras en tu talle, al bajarte del caballo, un poco por ayuda y otro poco nomás a ver qué como después te confesaría.

Empezabas a adaptarte al horario del campo, no añorabas más el lecho conocido, sobresaltado con el

ruido de los camiones urbanos y los silbidos de las fábricas. Asimilabas la nueva rutina para ir a la cama, a eso de las nueve de la noche. Ahí no había periódico que te programara alguna audición, una conferencia. Cargar con alguno de los libros de la obra de Proust e irte a instalar bajo un árbol junto al río, acompañada con el termo de café, una portola y el paquete de galletas saladas, que era el mejor manjar que se podía obtener en el *super* del pueblo; era la experiencia más agradable del fin de semana.

Aquí todo el equipaje de apuros y tensiones se quedó guardado, sólo lo entreabrías llorando, un poco riendo, con las cartas de Marcia que te enviaba los periódicos de la Liga y te echaba porras por tu elección a los días rurales y tu "grandeza de espíritu"; y las de Dany, que hacían escarnio de tu miserable suerte porque no conocías el nuevo bar *gay* que era un tiro y se podía quemar —discretamente— y fajar en abundancia, y te ibas a quedar con las ganísimas de ver un ciclo de cine feminista porque cuando volvieras ni esperanzas que lo fueran a reponer, y ahí mandaba el último de Vargas Llosa por aquello de que se te estuviera cayendo el barniz y la nueva FEM para desbrocharte el cerebro.

Y te quería, te extrañaba un chorro, porque al fin y al cabo, tu conversación inteligente siempre fue un buen gancho con los chavos cuando andaban las dos en el rol. Compadecida execraba las manías misantrópicas que te hacían perder tan lastimosamente estos meses y hacerle tan pesada la existencia mientras financia, ella sola, los gastos de ese departamento que dejaste desnudo al traerte contigo todas las fotos ampliadas de Zapata que atesoras con devoción, porque siempre has estado enamorada de su imagen sere-

na y aguerrida, de sus ojos de orgullo magullado que sin saber cómo tropezaste en la mirada de Mundo.

Sapiste que Pablo y las promesas de amor eterno quedaron desvanecidas la noche que lo escuchaste, exaltado y brutal, en una sesión del comisariado ejidal cuestionando el cacicazgo de los Ancira. Más tarde sabrías que él también te sintió predestinada. A partir de ahí lo repasaste desde los días en que salía a tu paso, así como quien por casualidad, haciéndose el enconradizo, con su rostro hermético y su mirada profunda, inclinando la cabeza a guisa de saludo, acudiendo solícito al verte salir por el recodo, para ayudarte a guiar el caballo al cruzar el río, no fuera a ser la corriente. Cobraron sentido las visitas al azar, cuando lo descubrías, súbitamente, junto al resquicio de la puerta de la escuelita, el cuerpo descansado, los brazos cruzados, los ojos premonitorios, como esperando.

Y cada fin de semana que te quedabas, consentías en la postergación de la entrevista con Pablo, con quien no te sentías deshonesto, porque esto era una experiencia necesaria: a la que hacías concesiones: tornabas las cosas fáciles, sin dobleces, confiándote a esa dicha infantil ya oxidada que renacía desmantelando diques esmeradamente contruidos.

Eran días de encuentros indecisos y noches de íntimos presagios y a la ansiedad iba aparejado el desconcierto. Fueron dos meses de pildoras inútiles, anticipando contactos, invocando caricias laboriosas, furtivas y firmes. Cada vez los indicios era más claros y habría de suceder en cualquier momento, no ibas a malograr el encanto del instante primero con inportunas precauciones orales.

Y fue en un atardecer del Dr. Atl, al recoger la leña para el brasero de la escuelita, cuando lo descubriste entre los árboles, lúcido y expectante y todo fue volar de ramas al aire; fundirse en un abrazo largo y reparador, y fue la suspensión del paisaje, sus labios codiciosos en tu boca, y unas manos bienvenidas recorriendo tus contornos, hurgando y atrayendo el infinito en los destellos de tu puerto interior: una ausencia necesaria en la alfombra de pasto, el cielo rojizo decorando los espasmos con suaves tonalidades, el perfume impregnado de los pinos saturando tu pradera y en la nítida escenografía vespertina, tu iniciación en la plenitud, tu dominación del horizonte al desplegar en el rubor encendido de la tarde, afiebrada, cálidamente llena del saludo frutal en el descanso satisfecho.

Con él no hubo más portadas ni follajes; desaparecieron los puntos de referencia, no cabían las comparaciones, ni todos los lugares comunes anteriores: porque todas las del salón ya se habían acostado, y tú también, claro, pero todavía no; y te clavabas en las pláticas de las compañeras que le llegaban al departamento, y te recreabas y te reías en las plasticidad de las crónicas sexuales; en el juramento que hiciste con ellas de que ninguna llegaría virgen al matrimonio.

Y aprendiste en la cafetería de la Normal; en las noches de guardias durante la huelga, y eran los rumores marinos que te llegaban y confundían y el tenue balanceo penumbroso de los huipiles; y así lo repetiste en la primera ocasión que te escapaste a Saltillo con Pablo, que estaba igual de lento que tú. Como esperaron a que tuvieras próximo el periodo, para así llegarle sin temores, esa misma noche te bajó, y aquel sádico que quería ver sangre en la cama, a pesar de todo lo

que te hizo llorar, no supo si el flujo era por su triunfo en el camino estrecho o por la regla. Al día siguiente, de regreso en el autobús, te dejó caer violentamente, el clásico: con cuántos lo habrás hecho anteriormente.

Lo perdonaste, claro, había que conservarlo; a pesar del chantaje, estaba el temor de que cometiera alguna indiscreción, de que en la casa se enteraran, o que en la escuela llegaran a manejarlo, y para retenerlo perfeccionabas las ficciones, los tremendos gozos falsos, los éxtasis de la orgasmia, increíbles y mentirosos: ¿acabaste? ¡Sí, padrísimo!

Aquella noche invernal te fue dado asistir al esplendor del descubrimiento y fue su aroma viril, sus manos labradoras sobre montes, abriendo surcos, regando parcelas; con ese amor que sólo puede experimentar el hombre que posee la tierra porque de ella vive.

Y eran los despertares afables con sabor a musgo en la piel, con su silencio olvidado en tu almohada. Y en cada encuentro, sin previa cita, se reinstalaba el asombro por su calma ritual para amarte y tu nuevo talento; con los días relajados, sin máscaras ni presiones, con tus caricias sin maquillaje aferradas con las uñas al final culminante.

Mas el fantasma ilustrado no te dejó tranquila, y en momentos, aquel ser cariñoso e inofensivo, lucía ante tus ojos como el pastor rústico que era, y lo encontrabas grotesco y desaseado, sin conversación, torvo: sin gracia. Era insufrible, te repugnaba su cuerpo. No tolerabas su mirada inaccesible, su ingenuidad asida a promisorios mundos de reivindicaciones. En esos instantes hubieras deseado mil veces las horas aburri-

das junto al Paul o a cualquiera de tus antiguos compañeros: escuchando sus hazañas, sus anécdotas mil veces oídas, que al fin y al cabo forjaban los dulces puentes de lo familiar.

Y las crisis llegaban tras la dicha de los sentidos, con el sopor ausente, y te acometía una confusión tremenda, una nostalgia inaudita, y te jurabas mandar todo al carajo y fletarte a Monterrey pero ya. Para luego, en la soledad tomarlo todo en sus debidas proporciones y descubrir que el malestar anímico no era Mundo quien lo originaba sino el costal de broncas tuyas, muy personales, que no tenías por qué mezclar con tu trabajo, con los niños.

La visita de Dany, quien se aventuró un fin de semana a acompañarte, hizo con su presencia que te sintieras muy sola; rotuló tu perspectiva de polvorienta y destartalada. Te alegró la noticia de que Marcia estaba viviendo con Eduardo, pero su charla animada e inconsciente te trajo la angustia de antaño y agradeciste su partida sumida en un pesimismo que hasta te quedó holgado por el tiempo que tenías de no ponértelo.

Desde que recibiste la carta de tu mamá pidiendo que fueras a la ciudad para resolver la posibilidad de una permuta con un maestro que trabaja en Guadalupe y vive en Arramberri has recapacitado en el valor de estos días silvestres y conciliados; arredrada, has abrigado la ilusión de que sucediera algo imprevisto, algo extraordinario, de que se te diera algún indicio, que se presentara una señal y así definir lo tuyo con Mundo.

Daniela y Pablo vinieron a recibirte a la Central

de Autobuses y entre abrazos y miradas cariñosas deciden irse a comer al Regio. En el asiento delantero, Dany al volante, recuperas la atracción que el Paul ha ejercido siempre sobre ti, observas de reojo sus finas facciones españoladas. Toma tu mano y pasa su brazo por tu espalda a la altura de los hombros. Su piel delicada, sus uñas limpias y bien cortadas, su gusto para vestir de tono casual, el aroma postizo de su loción, te sorprenden agradablemente. Te sientes conmovida por la suavidad de su pelo que acaricias de paso mientras te arrellanas en su pecho.

Después de la comida, en que de nuevo experimentaste esa vieja tristeza que trae consigo alternar con gente que está en la comedia sin fin de la conversación inteligente; te lanzarás a las librerías para llevarte una buena dotación; no volverás hasta los cursos de verano. Algo parecido a la serenidad aflorará en los recovecos de tu vida interior; en la lejana serranía del Sur del Estado, tienes tu Mundo por construir.

CUANDO empecé a alterar los informes sobre Marcia, no lo recuerdo, tal vez fue por diciembre del 71, durante las vacaciones de navidad, aquel día de su cita con Eduardo en que me dijo que se pondría la bufanda roja que este año me había regalado. Yo me acordé de la cita. Seguramente Licha se había ido a binarés con los niños por que recuerdo que disponía de tiempo para mí. Verla entrar fue una corroboración de esas que se sienten como premoniciones, supe que incluso sin la bufanda la habría adivinado. Había sido tantas veces inventar a través de los matices de su voz.

Llegó antes que él y en algún momento, mientras fumaba el café, repasé en mí, distraídamente, para volver a enfrascarme en la lectura de un libro, a intervalos levantaba la vista para ver, con cierta melancolía, las máquinas que devastaban el jardín que las señoras de la Ciudad Nueva decidieron hacer estacionamiento.

Conocerla físicamente me puso en un estado de